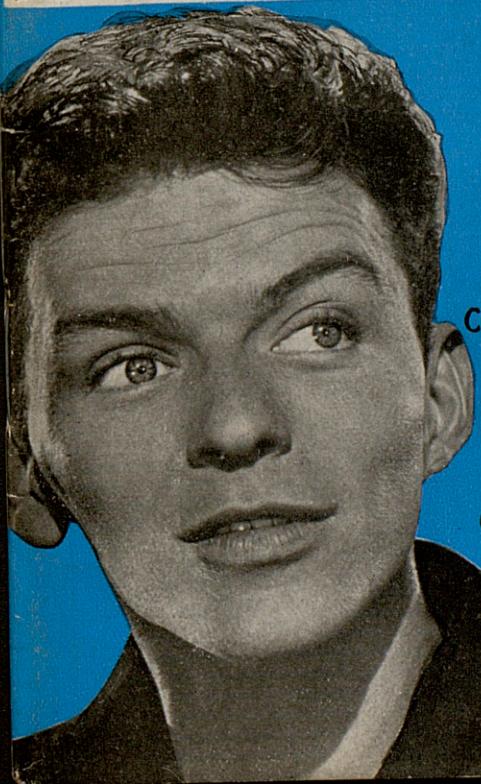


15

Una vida, UNA NOVELA

# FRANK SINATRA



UN CARACTER  
DIFICIL Y  
ATORMENTADO

— \* —  
Su matrimonio  
con Ava Gardner  
resultó un  
desastre

— \* —  
COMO ARTISTA  
SE SUPERA  
CADA DIA

2  
PTAS.

# ¡De próxima aparición!

## SILVANA MANGANO

El caso más sorprendente en la historia del cine Silvana Mangano, famosa, admirada, solicitada por todos, trabaja ante la cámara contra su voluntad. Es necesaria toda la autoridad de su esposo para hacerla intervenir en cada película que hace. Ella quiere vivir feliz en su fastuosa casa con su marido y sus hijos, libre del ajetreo de los Estudios.



## Una vida, UNA NOVELA GREGORY PECK



# ¡Están a la venta!

## GREGORY PECK

El alto y desgarbado muchacho que se abre paso en el arte, terminando por ser uno de los hombres más admirados por las mujeres de todo el mundo. Después de 15 años de matrimonio, Gregory Peck siente de pronto una pasión extraña por una periodista francesa, veinte años más joven que él.

## GRACE KELLY

¿Qué encanto misterioso posee esta mujer? Los galanes más veteranos y famosos que han trabajado con ella, terminan captados por su profundo hechizo, y algunos enamorándose de ella. Bing Crosby, Clark Gable, Gary Cooper, Ray Milland, James Stewart... Sus triunfos en el cine, han culminado con el «Óscar» concedido este año. Un relato interesante como la propia vida que narra.



## FRANK SINATRA

UNA VIDA, UNA NOVELA

## FRANK SINATRA

- ◆ *Su primer trabajo fue repartir periódicos y luego se hizo periodista.*
- ◆ *Un dirigente de la radio le «descubrió» casualmente, cuando Frank estaba canturreando mientras aguardaba a una persona.*
- ◆ *Un terrible «don Juan» sin aspecto de conquistador.*

Volumen n.º 15  
de la Colección de Biografías  
«UNA VIDA, UNA NOVELA»

## VOLUMENES PUBLICADOS

- Núm. 1.— MARLON BRANDO
- Núm. 2.— JOHN WAYNE
- Núm. 3.— HEDY LAMARR
- Núm. 4.— ERROL FLYNN
- Núm. 5.— MONTGOMERY CLIFT
- Núm. 6.— MARILYN MONROE
- Núm. 7.— GARY COOPER
- Núm. 8.— ELIZABETH TAYLOR
- Núm. 9.— ROCK HUDSON
- Núm. 10.— GINA LOLLOBRIGIDA
- Núm. 11.— CLARK GABLE
- Núm. 12.— LESLIE CARON
- Núm. 13.— GREGORY PECK
- Núm. 14.— GRACE KELLY
- Núm. 15.— FRANK SINATRA
- Núm. 16.— SILVANA MANGANO

PÍDALOS EN SU KIOSCO!

*Derechos reservados  
Copyrigth by Ediciones  
Cinematográficas, Spain.*

---

EDICIONES CINEMATOGRÁFICAS

RONDA SAN PEDRO, 56 - BARCELONA (ESPAÑA)

TODAVIA latentes en el corazón, en el alma y en la tierra, los estragos de la primera guerra mundial, el éxodo de los emigrantes a la América nueva, prometedora, empezó a sentirse en todos los países de la atormentada Europa. Miles y miles de familias, mutiladas, arruinadas por la guerra, emprendían la ruta del Atlántico, deseosas de paz, de bienestar y de medios que les permitiesen vivir con holgura y con tranquilidad. Los barcos cargados de emigrantes partían de todos los puertos. La hermosa Génova veía marchar cada día lejos de ella a sus mejores hijos.

Un día radiante, de un verano cualquiera, un grupo de italianos, mudos, doloridos, con sus miserables fardos a cuestas, embarcaba en el puerto de Génova rumbo a América. Cada uno de ellos llevaba consigo su ilusión o su tristeza, su dolor o su esperanza. Un joven matrimonio con un chiquillo de cuatro años apenas, apoyados en la borda, contemplaban silenciosos el perfil de la patria, alejándose rápidamente. El, un antiguo boxeador, Martín Sinatra; ella, su mujer, Natalia. A su lado, agazapado junto a las faídas de la madre, el pequeño Francesco, era el único del grupo que demostraba una alegría ruidosa y desbordante. ¡Así era nada aquella aventura de surcar los mares para un chiquillo de cuatro años! ¡Correr hacia un mundo desconocido! ¡Sentirse un nuevo

Cristóbal Colón partiendo hacia lo ignorado, hacia lo misterioso!

—¡Fijate, mamá, fíjate! Ya no se ve nuestra casa...

—No, hijo; ya no se ve nuestra casa... —respondió la madre tristemente.

Y un sollozo irreprimible subió a su garganta.

—¡Oh, Marin, Martin! ¿Por qué nos alejamos de nuestra patria? ¿Por qué nos llevas al pequeño y a mí a ese mundo de conocido? ¿Qué va a ser de nosotros?

—Vamos, mujer, serénate... Lo hemos discutido tanto... Hemos hecho tantos planes... Es lo mejor para Francesco... Recuerda que tú misma lo dijiste...

—Lo mejor para Francesco! No se equivocaba el padre, aunque no pudiera prever entonces lo que al otro lado del Atlántico aguardaba a su único hijo.

\* \* \*

Se establecieron en Hoboken, Nueva Jersey. Martin ingresó en el Servicio de bomberos de la localidad. El pequeño Francesco fué matriculado en la Escuela de Damarest, para que recibiese la educación necesaria a fin de ocupar el puesto que sus padres habían soñado para él: querían que fuese ingeniero.

El pequeño Frankie, como ya le llamaba todo el mundo, incluso sus padres, era un chiquillo pár-

lido, flacucho, de cabellos castaños y ojos azules. Tenía un carácter irritable y desigual. Parecía siempre un poco atormentado, como si vagara por la vida sin encontrarse a sí mismo; difícil de comprender y siempre un poco enamorado de la tristeza, constituía una constante preocupación para su madre.

En el colegio sobresalió pronto en todos los deportes, ganó varios trofeos de basket-ball, destacando en natación, en el golf y hasta en boxeo, pese a su constitución débil. Pero, sobre todo, lo que más apasionó a Frankie fué la banda de música del colegio. El tenía una voz cálida, expresiva, y sabía imprimir a sus canciones ese deje eminentemente latino en que el sol, el mar y el cielo mediterráneo de su lejana patria de origen vibraban en cada nota. Pronto su voz conquistó a todos los compañeros. Parecía como si, únicamente cantando, pudiera expresar aquel mundo interior que le atormentaba. Los otros chicos lo comentaban:

—¿Os habéis fijado en Frankie? Cuando canta parece otro completamente distinto.

—De lo que no cabe duda es de que, gracias a él, nuestra banda es mejor y más completa que la de cualquier otro colegio del Estado.

Tanto impulso dió Frankie a la banda, con tanto entusiasmo trabajaron todos los muchachos, que poco antes de salir del colegio actuaban en reuniones particulares, siendo especialmente solicitado el cuarteto conocido con el nombre de «Hoboken Four», del que Frankie formaba parte.

Pero la existencia era dura. Y el estudio un

lujo caro. Al iniciar los estudios superiores, Frankie se vió obligado a colocarse como repartidor de periódicos en el «Hudson Observer», pues el sueldo de su padre no alcanzaba para todo. Allí sintió Frankie revelársele lo que él creía su verdadera vocación: el periodismo. Empezó a descuidar los estudios, se pasaba el día husmeando por la redacción, atosigaba con mil preguntas insignificantes a los redactores... Hasta que un día, de regreso a su casa, se encaró resueltamente con su padre.

—No quiero ser ingeniero, papá. Tengo otras aspiraciones —dijo, con aquella resolución y firmeza que ponía en todo y que tanto contrastaban con su aspecto de muchachito débil y enfermizo.

—Pero, hijo... Tu madre ha soñado tanto con esa carrera para ti...

—Sí, papá, lo sé. Pero mi vocación es muy distinta. Cada día, cuando hago el reparto de los periódicos por las calles de la ciudad, siento que mi camino, mi verdadero camino, está ahí, en el periodismo; pero no como simple repartidor de lo que otros escriben, sino llenando yo mismo esas columnas... Sé que puedo hacerlo. Y lo haré. Seré redactor deportivo.

No hubo forma de disuadirle. Nada lograron ni las súplicas de la madre, ni las amenazas del padre. Tuvieron que ceder. La carrera periodística del joven no fué, sin embargo, muy larga. Una tarde en que andaba por las calles de su ciudad adoptiva a la caza del notición del día y mientras aguardaba a la puerta de un hotel, se puso a canturrear una canción de Cole Porter, a quien

admiraba entusiasticamente. Frank era uno de esos muchachos que cantan en todas partes: mientras se afeitan, cuando se dirigen al trabajo, en la cola del autobús... Cantar era para él una cosa natural; cantaba sin esfuerzo y con una intuición asombrosa, ya que nunca había estudiado música, ni se le había ocurrido siquiera que tal disciplina pudiera servirle nunca para nada.

Cuando más abstraído se hallaba, un alto empleado de la emisora de radio local, que salía del hotel, se detuvo sorprendido por el timbre personalísimo de aquella voz. Resueltamente se dirigió hacia él:

—Oye, muchacho: ¿te gustaría cantar por la radio en la emisión «Hora del radioyente aficionado»? Siquieres, yo puedo conseguirte una audición para esta misma noche...

—¿Cantar yo por la radio? Usted bromea... Además, yo soy periodista...

Pero una aventura siempre resulta tentadora para un muchacho de diecinueve años... Sí, sería divertido cantar por la radio y sorprender a sus padres, a los amigos y, sobre todo, a Nancy. Nancy siempre le había alentado a seguir por ese camino.

—Deberías estudiar música —solía decirle—. Con la voz tan armoniosa que tienes, con ese estilo tan tuyo, tan personal, llegarías a ser alguien muy pronto... Estoy segura...

—No, Nancy. No puedo torcer mi vocación. Sabes que adoro el periodismo... Y que te adoro a ti también. Lo sabias, ¿verdad?

—Sí. Y estoy dispuesta a seguir el camino que tú elijas. Pero ¡es tan maravilloso oírtे cantar!

Sí, sería una estupenda sorpresa para Nancy.  
—De acuerdo. Acepto.

Así fué como, por primera vez, cantó Frank Sinatra por la radio. Elegió para su debut la célebre canción de Cole Porter «Night, and day», que hacía furor aquellos días. Sí, cantar por la radio fué para Frankie una experiencia divertida... Y también, sin duda, altamente lucrativa, ya que a partir de aquel momento su nombre empezó a sonar por todas partes y llegó a hacerse famoso en muy poco tiempo.

Aquella misma noche, y aun antes de que terminase la audición «Hora del radioyente aficionado», un diluvio de llamadas telefónicas abrumó a los empleados de la radio. Todas las muchachas de la ciudad querían saber quién era el hombre que acababa de cantar tan maravillosamente la más bella canción de la música moderna. Querían saber su nombre, dónde vivía, cuál era su teléfono, dónde había nacido...

También en la humilde casita que ocupaban los padres del muchacho fué aquélla una noche de sorpresa y de maravilla. Nancy Barbato, que vivía en la misma calle, dos casas más abajo, había ido a pasar la tarde con la madre de su novio, que estaba enferma. Para distraerse un poco pusieron la radio y cuál no sería su sorpresa al oír, de pronto, la voz de Frankie surgiendo misteriosamente del aparato.

—Pero, si es Frankie... Si es mi hijo...

—Sí, sí, es él, no cabe duda... Su voz es inconfundible... Pero, ¿cómo es posible? Si me había dicho...

—Mi hijo, mi pequeño Francesco...

Todavía antes de que regresara Frankie a su casa, hubo tiempo de preparar una pequeña fiesta íntima para celebrar el acontecimiento. Nancy Barbato fue a buscar unos dulces, unas botellas. Cuando ya muy tarde entró Frankie en su casa, le recibió una acogida triunfal.

—¡Qué callado lo tenías! Pero si eres un verdadero artista...

—¿Te han contratado? ¡Ganarás mucho!

—Siempre dije que la música sería tu camino...

En vano el joven trataba de convencer a las dos mujeres de que todo había sido pura casualidad, casi una broma. Puestas a levantar castillos en el aire, la madre y la enamorada trenzaban las más brillantes fantasías en cuya cumbre veían la fama, la gloria de su querido Frank.

Las cosas en la vida no son, desde luego, nunca tan fáciles. Pero es lo cierto que la carrera triunfal de Frank Sinatra empezó efectivamente aquella noche. El director de la radio no tardó en comprender que había descubierto un filón, y sin pensarlo más, contrató a Frankie... por muy poco dinero, como a todo principiante, claro está. Era evidente que el hombre hacia un buen negocio, pues inmediatamente sonó el nombre de Frank como uno de los que mejores rendimientos procuraban a la emisora. Los programas publicitarios se disputaban su actuación; todos querían que tomara parte en dichos programas; todos aspiraban especialmente a la exclusiva de «la Voz», como dió en llamarse a Frank. El éxito fué tan resonante como inesperado.

Sus relaciones con Nancy Barbato continuaban. Sin embargo, el entusiasmo de aquella noche en que, con gran sorpresa suya, la joven había oido la voz del hombre a quien amaba, se había ido enfriando en el ánimo de la muchacha. Frank no la podía comprender.

—Diríase que mis éxitos te desagradan —le dijo, por fin, un día a Nancy—. Yo creí que sería todo lo contrario. Y ahora te veo triste y de mal humor. ¿Qué te sucede?

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas.

—Siempre me gustó mucho oírte cantar, ya lo sabes. Más de una vez te predije el éxito... Pero esto es superior a mis fuerzas. Comprendo que te he perdido, que ahora soy poco para ti... Y aunque por ti me alegre, me resulta difícil resignarme.

Frank no supo qué contestar. Le gustaba ganar dinero, le entusiasmaba cantar, pero la verdad es que los halagos le molestaban y que no había dejado de ser el que siempre había sido. A su vez, se daba cuenta de que daría gustoso todos sus triunfos por evitar una lágrima a los lindos ojos de Nancy. ¿Cómo convencerla? No era hombre de muchas palabras. La atrajo hacia su pecho y pronunció la frase que todas las mujeres esperan:

—Nancy, ¿y si nos casáramos? Mejor la semana próxima que dentro de un mes... Nos queremos y tú puedes ayudarme mucho. Ya verás, seremos muy felices...

Por algún tiempo lo fueron. Se casaron, en efecto, poco después. Realmente, la vida de Frank cambiaba de rumbo. La existencia les sonreía a él

y a los suyos. Las modestas aspiraciones periodísticas quedaron atrás, muy atrás. Ya nadie, ni el propio Frankie, ni sus padres, ni Nancy se acordaban de ellas. El éxito les embriagó a todos. Los sueños de la juventud seguían derroteros distintos. De ingeniero a periodista, de periodista a cantante... Pero esto último era la realidad. ¿Continuaría el destino de Frank dando tumbos y más tumbos? Todo hacía presagiar lo contrario. Todo hacía suponer que el flacucho y atormentado Frank había encontrado, al fin, su verdadero camino, el definitivo... Que se había encontrado a sí mismo. Nancy tuvo razón al presagiarle el éxito. Pues, ¿cómo puede equivocarse una mujer enamorada?

\* \* \*

En los años que siguieron, la radio le absorbió casi por entero. Cantaba al mismo tiempo en dieciocho programas distintos. En Jersey City, en Newark, en Nueva York. En 1940, sin embargo, al nacer su primer hijo, una niña a la que llamaron Nancy, como la madre, Frank aceptó un puesto fijo como vocalista en la orquesta de Harry James. Le pagaban 75 dólares semanales, paga nada desdenable teniendo en cuenta que Frank podía alternar su trabajo con las grabaciones musicales y las emisiones de radio.

Una noche, en que desgranaba sus melodías en

el «night club» donde actuaba, Frankie vió sentado a una mesa, muy cerca de la pista, nada menos que al famoso Tommy Dorsay, en aquellos momentos, el director de jazz más cotizado. No se inmutó; la mejor cualidad de Frankie era la despreocupación por sí mismo, su sencillez y la carencia de orgullo. No se sentía engreído por su rápido triunfo; cantar era para él la cosa más natural del mundo... Y si además le daban dinero por ello...

Dorsay se le acercó apenas terminada la canción.

—Tengo en mi bolsillo un contrato por dos años que sólo espera ver su firma estampada al pie, muchacho. Le pagaré doscientos dólares semanales.

A Frank le faltó poco para desmayarse. ¡Doscientos dólares semanales! Aquello era una fortuna, no sólo para el muchacho acostumbrado a la exigua paga de redactor de un periódico provincial, sino incluso para el cantante favorito de los programas publicitarios en la radio. Aceptó sin vacilar.

Su voz empezó a recorrer los Estados Unidos. Llegó a todos los hogares; emocionó a grandes damas lo mismo que a mecanógrafas y empleadas. Sus discos Columbia, que empezaron a venderse a un promedio de diez millones de copias por año, hacían llorar y desmayarse al oírlos a las «bobby soxers» de la nación. En Universidades y Colegios las chicas no hablaban de otra cosa; cada una de ellas llevaba el retrato de Frank Sinatra junto al corazón. Su efigie, con la clásica corbatita de lazo, casi siempre de lunares, que él lucía como una marca personal, adornó todos los dormitorios

de soltera de las muchachas norteamericanas. Ni el propio Frankie podía explicarse aquél delirio, aquel éxito tan inesperado.

Fueron unos años buenos para Frank Sinatra; tanto en el terreno profesional como en el personal. Todo iba viento en popa. Y, sin embargo, Frank no acababa de encontrar la ansiada felicidad. Quería a su mujer, a su hijita, pero muy pronto la inquietud que le dominaba, que él sentía en todo momento dentro de sí, le llevó a una serie de aventuras amorosas que hicieron sufrir terriblemente a Nancy y crearon en torno a su figura una desagradable aureola de Don Juan.

Solicitado por Hollywood, con un fabuloso contrato que le reportaba nada menos que unos ingresos de millón y medio de dólares por año, el ambiente de los Estudios acabó por descentrar a este muchacho, ya por naturaleza descentrado.

Era débil, enamorado. En realidad, le faltaba a su educación la preparación precisa para resistir la embriaguez de tan rápido y rutilante éxito. No sin justicia se ha comparado a Frank Sinatra con algún personaje de Dostoyewski; atormentado, de comprensión difícil, genial y débil a un tiempo, y por encima de todo, enamorado de la tristeza, enemigo de la felicidad. El apacible amor de Nancy, su esposa, no podía satisfacer su inquietud incansante. «Parodiando a los personajes de algunas novelas rusas —solía decir su antiguo compañero Manny Sachs— parece estar siempre pensando: «¡Soy tan feliz... que voy hacia el suicidio!»»

Y así estaban las cosas cuando, una noche, en casa de un amigo de ambos, conoció Frank a la

actriz Marilyn Maxwell. Era una muchacha extraordinariamente atractiva: alta, rubia, apasionada, rebosante de vida y juventud. Ambos jóvenes se sintieron mutuamente atraídos. A medida que pasaban los meses, Frankie forzaba las situaciones para encontrarse con la estrella... como por casualidad. ¿O sería realmente una serie de casualidades lo que constantemente ponía a la estrella en su camino? Al principio Frank, que tiene mucho de ingenuo, a pesar de su donjuanismo, pudo creerlo así. Hasta que un día... tuvo que confesarse que estaba locamente enamorado de ella.

Por el momento, este amor fué fatal para el joven. Abandonó sus compromisos profesionales, se creó una fama desagradable de persona inestable y temperamental... Los directores refunfuñaban: los productores se encogían de hombros. ¿Habría que prescindir del naciente astro de la pantalla? No se podía tratar con caracteres así; el celuloide es demasiado delicado.

Todo Hollywood empezó a murmurar. La Prensa americana, tan aficionada a este género de rumores y comidillas, encontró en el naciente idilio un verdadero filón de alusiones clarísimas, de chismes, de suposiciones encubiertas... Y, al fin, se dijo que Frank y Marilyn deseaban sinceramente romper aquel fatal idilio, pero que el lazo sentimental que les unía era tan fuerte que no podían dominarlo.

Frank iba, venía, viajaba, regresaba a su casa al lado de su mujer y de sus hijos, apenas unos breves días, que inmediatamente cortaba con un nuevo viaje. Unas veces le llamaban sus compromisos en los Estudios; otras, el deseo de encon-

trarse con Marilyn. Lo cierto fué que Nancy, aunque algo acostumbrada a las veleidades del artista, ahora empezaba a preocuparse seriamente. Angustiada, llegó a pedir consejo a un amigo íntimo de Frank.

—Estoy verdaderamente preocupada, Howard. Temo que esta vez vaya en serio... Que sea tarde y ya no podamos hacer nada para atraerle a nuestro lado... Tú sabes con cuánto alborozo regresaba al hogar, aunque fuese por pocos días; ahora dijérase que está deseando huir apenas llega...

—Quizá sean sólo cavilaciones tuyas, Nancy. Frankie es voluble, pero te quiere y también a sus hijos.

—Eso creía yo también. Estaba segura de que cuando yo ya no fuese capaz de retenerle, sus hijos evitarián siempre que sus locuras fueran definitivas. Pero ahora, ni sus hijos le apartan de algo que presiento terrible para mí. Ni siquiera el pequeño Frank, su preferido, parece ya importarle.

—Yo, en tu lugar, no me preocuparía demasiado. Ya conoces a tu marido. Actualmente sufre, se angustia, se tortura a sí mismo, acusándose quién sabe de qué... Indefectiblemente, su ligereza se transforma luego en tormento. Pero no hay más que esperar a que pase la racha. Un poco de trabajo no le vendría mal, ¿verdad? Le ayudaría a superar la crisis.

La crisis pasó, en efecto, tras unos cuantos meses angustiosos; pasó así, de pronto, sin que nadie supiera cómo, con la misma brusquedad con que había llegado. Nancy creyó haber recuperado a su esposo. E imaginó poder vivir tranquila.

\*\*\*

No le faltaban razones a la esposa para creer que había ganado la partida. Después de ese episodio sentimental, Frank se lanzó a una vorágine de trabajo, en el que diríase no admitía tregua ni descanso. Un trabajo que al público pudiera parecerle, sin duda, divertido y amable. Pero que realmente es duro cuando se realiza ininterrumpidamente, levantándose al alba para el rodaje de exteriores, permaneciendo en los Estudios noches enteras hasta lograr la grabación perfecta de una canción, la filmación detenida y conciencizada de una escena... La tarea cinematográfica para un intérprete de verdadero temperamento, de auténtica honradez profesional, que se entregue a su labor en cuerpo y alma, no es ciertamente un camino de rosas. Y en esta época, Frank parece que sólo existe en razón de su labor artística, de su vida profesional. ¿Quería olvidar, o ganar el tiempo perdido? ¿Quería superarse a sí mismo para colocar los laureles a los pies de Nancy y de sus hijos, que ya eran tres, Nancy, Cristina y Frank?

Lo cierto es que, por esa época, interpretó un número de películas realmente superior y entre las cuales destacan «Levando anclas», «Sucedió en Brooklyn», «El beso del bandido», «El milagro de las campanas», «Un día en Nueva York» y otras

igualmente famosas en las pantallas del mundo. Cuando en 1945 conquista el ansiado Oscar de interpretación, estaba realmente agotado. Nancy, preocupada por su salud, le propuso:

—Tienes que descansar, Frank. Es preciso. Ahora ya tienes la fama. Ese Oscar te confiere el acceso a la celebridad. ¿Qué más quieres? Una temporada de reposo, un viaje a Europa, tal vez, te convendrían mucho. Después volverías al trabajo en los Estudios con más ímpetu aún. Eres joven... Pero te debes a los tuyos, no sólo en tu trabajo, sino en tu persona, en tu salud...

Pero él no le hizo caso. Es una de las características de Frank, no hacer nunca caso de lo que le dicen los demás. Siguió trabajando a rachas febres, cuando se le antojaba... y enamorándose al parecer con furia también febril, cuando se le ponía delante una cara bonita o una esbelta figura. Nancy sufrió en silencio.

Una de estas caras bonitas fué la de Lana Turner, una de las más hermosas mujeres de Hollywood. Otra vez una estrella... que pareció deslumbrar al joven cantante. De nuevo abandonó Frank sus deberes profesionales y se alejó un tanto del hogar. ¿Sería posible que se repitiera el caso lamentable de su flechazo por Marilyn Maxwell? La tendencia de Frank a dramatizar su propia vida era terrible para cuantos le rodeaban. Por ello, se tramó una especie de conjuración entre familia, amigos y colaboradores de Frank para poner remedio a tiempo. Desde Hollywood se clamó a Lana Turner ofreciéndole el sueño de un contrato importante que la distrajera de su

amistad con Frank. Y al mismo tiempo, empezaron a correr los rumores más absurdos. Oficialmente se anunció que Frank Sinatra había sufrido una hemorragia en la garganta y que debía retirarse por algún tiempo de toda actividad que le exigiera poner a contribución su voz.

—Es hombre acabado —dijeron unos.

—Ha perdido otra oportunidad y es difícil que vuelva a resurgir —fue la opinión que publicaron los periódicos.

—¿Enfermedad de la garganta... o del corazón?  
—insinuaron los maliciosos.

Pero, en realidad, la aventura con Lana Turner no fué sino una ráfaga. ¿Pudo tener tal influencia en la carrera del astro y determinar uno de sus más absolutos eclipses? No parece verosímil. Lo que sí es evidente es que Frank era profundamente desgraciado, en todos los aspectos, cuando conoció a una mujer extraordinaria, la que había de ser su verdadero amor, la que influiría de modo decisivo en su existencia y en su carrera.

Esta mujer era Ava Gardner.

\* \* \*

Aquel amor fué un verdadero vendaval, una borrasca. El idilio más espectacular que pueda recordarse en el mundo del cine, en la pantalla o fuera de ella... y no hay que decir hasta qué punto abun-

daban en ese mundo los idilios espectaculares. La hermosura de Ava fascinó a Frank desde el primer momento. Al contrario de lo que otras veces le había ocurrido, la cortejó desde el primer instante, sin la más leve vacilación. No era sólo su belleza lo que le atraía en ella, sino también su conversación, sus sentimientos, la expresión de su temperamento. Por el momento, Frank, que pasaba por una crisis de abatimiento, se sentía deprimido, oscurecido, triste y abandonado de su buena fortuna. ¿Le fallaría esta vez su proverbial fortuna con las mujeres? Una noche cualquiera, en casa de un amigo cualquiera, conversando con Ava, comprendió de pronto que era correspondido. Por el momento, sin embargo, trataron de ser discretos. Pero el amor no puede permanecer oculto. Los celos atormentaban a Frank apenas Ava se apartaba unas cuantas millas de su lado.

Y un día, en ocasión en que Ava había ido a Texas para hacer una representación personal, Frank no pudo resistir su inquietud ni los celos que le atormentaban.

Sin cuidarse más de la discreción ni de la prudencia, apareció en Texas, se querelló con unos periodistas que trataban de averiguar el objeto de su presencia allí, golpeó a los fotógrafos que a toda costa querían retratarle al lado de Ava... Fué un escándalo fenomenal, pues los periodistas, ofendidos, no dejaron de dar al asunto la mayor publicidad.

Desde entonces, Frank y los periodistas no estuvieron en muy buenas relaciones. Aquel acto violento en Texas tuvo carácter de una declaración de

guerra por parte del popular cantante. Y a tanto llegaron los rumores, que en Hollywood, donde se pretendía con la mejor intención volver a colocar a Frank Sinatra en el puesto que le correspondía, productores y amigos avisaron a Frank de que debía cambiar de actitud con la Prensa, hablar con los periodistas, tratar de hacerse nuevamente agradable.

La respuesta de Frank fué violenta y destemplada.

—No tengo porqué hablar con los periodistas. No ha sido la Prensa la que me hizo famoso, sino mi voz y mi público.

En realidad, en aquel instante de su vida, no le importaban ni el público ni la Prensa, ni el arte ni la fama. Solamente los ojos verdes de Ava Gardner. Nuevamente dramatizaba su existencia, pero esta vez el drama era realidad.

—No me quedan sino dos posibles soluciones al dilema. O matarme o convercer a mi esposa de que estoy seriamente enamorado de Ava y necesito mi libertad —dijo a un amigo.

Estas palabras no tardaron en llegar a oídos de Nancy. No la cogieron de sorpresa. Ciento que en los primeros momentos Nancy Sinatra confió en que aquella locura sería pasajera también, como otras veces. Ahora, sin embargo, supo que la cosa era definitiva. Lloró, se desesperó. Pero, ¿qué puede la desesperación contra un amor que huye? Nancy comprendió que la lucha era imposible y se resignó a acceder.

Pero la felicidad es cosa difícil. En aquel momento, no se sentían felices ni la desdichada

Nancy, ni el torturado Frank, ni la hermosa Ava. No estaba la estrella muy segura de sí misma, ni del futuro. Como los trámites del divorcio se alargaran, la situación le pareció a la joven un tanto desairada y decidió partir para Europa. Tenía proposiciones, contratos a punto de firmar en Londres y en España. Partió, pues, bruscamente, para la capital de Inglaterra y vino después a buscar el reposo anhelado, en espera del divorcio de Frank, en el bello paraje de la Costa Brava catalana.

La estancia de Ava en S'Agaró y Tossa despertó admiraciones e inquietudes. Se reunían los pescadores para verla pasar como si fuera, realmente, una estrella rutilante y fugaz que hubiese caído sobre el oro de la playa. El rodaje de ciertas escenas de la película británica «Pandora», de la que Ava era protagonista, en el mar, en la playa y en los pueblos de S'Agaró y Tossa, llamaron la atención de las gentes hacia aquel rincón paradisíaco. Personalidades del cine internacional, representantes de Prensa y radio, verdaderas nubes de fotógrafos, acudieron al reclamo de aquella realización que iba a desarrollarse en circunstancias novelescas. Para mayor sensacionalismo, se interpuso en la vida de la estrella la apuesta figura de un torero...

¿Verdad? ¿Mentira? ¿Simple inclinación de amistad? ¿Relación inevitable del trabajo en común? Innegablemente, los nombres de Mario Cabré y Ava Gardner corrieron en aquellos días enlazados, lo mismo en labios de los rudos pescadores, que de los espectadores curiosos, que de la

Prensa sensacionalista... Y a todo esto, Frank se hallaba al otro lado de los mares. Pero los rumores corren rápidos y no tardaron en llegar hasta él. Y casi en menos tiempo del que se tarda en contarlo, Frank apareció en S'Agaró.

Era un nuevo capítulo sensacionalista que añadir al inquietante idilio. Para venir a España, Frank rompió de nuevo todos los compromisos de trabajo que tenía en América. Otro paso en falso para su carrera. Pero al menos, pudo asegurarse de la fidelidad de la mujer por quien rompía con el pasado, de la mujer con quien al poco tiempo iba a casarse.

Las arenas de la playa de S'Agaró, las barcas abandonadas junto al mar, las estrellas en el cielo estival, supieron muchas noches del idilio entre Ava y Frank. Pero algo más supieron; que sus amores eran una constante borrasca; que día y noche dudaban, discutían, se querellaban; se amenazaban mutuamente con no volver a verse... Para hacer las paces con más ardor al día siguiente.

\* \* \*

Lo curioso es que Frank y Ava llegaron a casarse. No fué sencillo y ello por dos motivos: los trámites del divorcio que Nancy entorpecía y que costaron a Frank una fortuna, y la perpetua tensión en que vivian los enamorados.

La víspera de la boda, cuando Frank y Ava decidieron celebrar su última noche de solteros cenando en el restaurante Collony, en compañía de sus amigos, los esposos Mason, estalló entre ellos tal discusión que estuvieron a punto de romper la boda. La dos parejas habían ido al «Sugar Hill Night Club» para bailar un rato después de la cena... ¿Qué fué lo que determinó la disputa?

—No, no quiero casarme contigo, ni mañana... ni nunca —dijo Ava, de pronto, en voz tan alta que cuantos la rodeaban pudieron oírla.

—Pero, ¿quieres decirme...? ¿Qué es lo que ocurre para que te pongas de ese modo? —preguntó Frank, sinceramente sorprendido.

—¿Lo que ocurre? Vamos, hazte el hipócrita encima. ¿Cómo puede sorprenderme mi enojo? ¿Qué puedo esperar de un hombre que en la víspera de su boda, no muestra solicitud ninguna por la que mañana será su esposa? Sí, la has mirado. No pregunes a quién... Lo sabes mejor que yo. No puedo soportarlo. No, no quiero casarme...

Y sin más, Ava arrojó el anillo de compromiso a la cara de su prometido.

—Vamos, vamos. Riñas de enamorados... —trató de conciliar Pamela Mason—. Mañana, no os acordaréis de tales tonterías. Y todo está ya preparado...

—Por lo pronto, vámmonos —terció James Mason, viendo que todo el mundo les miraba y empezaba a formarse un coro en torno de ellos.

No se casaron al día siguiente, sin embargo. El hombre que con grandes dificultades, y a precio carísimo, destrozando el corazón de una buena

mujer, había obtenido su libertad; la mujer, que había desafiado la opinión del mundo paseándose con su galán por toda Europa, estuvieron a punto de romper su compromiso por una futilidad de mujer celosa.

Estuvieron dos o tres días sin hablarse; creyeron sinceramente que no volverían a verse más... Y cuando, por último, se celebró la boda, cuantos asistieron a ella no pudieron sospechar lo cerca que había estado aquella pareja de no unirse jamás.

\* \* \*

Acaso hubiera sido lo mejor para los dos. En realidad, su matrimonio no fue nunca dichoso. Sus constantes peleas, separaciones y tratados de paz, han llenado en los últimos años, las columnas de todos los periódicos del mundo. Se llegó incluso a decir que la clave de lo que le ocurría a la pareja sólo podía hallarse en el psicoanálisis. Ava y Frank eran dos criaturas complicadas; resulta difícil entender, por ejemplo, que Ava, considerada una de las mujeres más atractivas de Hollywood, sintiera celos violentos de una mirada, una frase, un gesto de su marido. Cuando alguien trataba de hacerla reaccionar, la joven contestaba:

—Pero, ¿es que no conocéis su fama? No ha habido otro Don Juan como él en toda América...

Sin duda, eso proviene de su ascendencia latina... Pero yo no estoy dispuesta a soportarlo. Mi reacción es, simplemente, la de una mujer enamorada ante el posible devío de su marido.

Por su parte, Frank cuando los amigos pretendían hacerle ver que Ava era demasiado complicada para él y que acaso la dicha de los dos residiera en la separación, respondía enfurecido:

—Fácil es decirlo. Pero, ¿cómo abandonar a la mujer a quien adoro por encima de todo? No podría vivir un instante tranquilo lejos de ella.

Pero la verdad era que junto a ella tampoco podía vivir tranquilo. Sentiese con sus dudas, sus celos, sus querellas constantes, el hombre más desdichado de la tierra. Su talento innegable quedaba amortiguado por una espesa bruma de tristeza. Sólo de cuando en cuando, la chispa de ese talento, de su juventud, de su popularidad brillaban haciéndole lograr un éxito fugaz, replegándose. Pero de nuevo caía en el abatimiento, malogrando con ello lo que hubieran podido ser sus mejores esfuerzos. De nuevo, la Prensa empezó a murmurar.

—Era un hombre a quien su arte ofrecía un futuro de triunfos. Sinatra es un actor excepcional, pero como hombre es imposible. ¡Lástima de astro que se pierde!

Después de una querella más borrascosa que las anteriores, Ava decidió partir hacia Europa. ¿Estaría entonces todo terminado? Los periodistas acudieron en tropel a casa de Frank... El les dió con la puerta en las narices. Quiso guardar silencio, no protestar siquiera, pero no pudo remediarlo: las comunicaciones trascontinentales fueron y vinieron

sin cesar, en ida y retorno constante. Al fin, Ava se dejó convencer. Ante los ruegos constantes de su marido, accedió a regresar un día determinado... Pero no pudo tomar el avión en el día fijado. Tomó el siguiente sin avisar de la alteración sufrida... ¡Y se extrañó muchísimo de que Frank no estuviera esperándola en el aeropuerto como habían convenido!

De nuevo se indignó Ava y declaró su firme decisión de no volver jamás al lado de Frankie. El se había refugiado junto a su madre, la humilde y tierna Natalia, que seguía viviendo oscuramente. Ante la desesperación de su hijo, Natalia fué a visitar a Ava.

—Parece mentira que no le conozcas. Es una criatura... Una criatura difícil. No ha dejado nunca de ser un chiquillo. Y la verdad es que esta vez, por lo menos, la razón está de su parte, pues...

—¡Ah, vamos! ¿De modo que la culpa es mía? —replicó Ava, enfurecida—. Soy yo la responsable, ¿no es eso?, como siempre... Cuando he sido yo la que dominando mi orgullo he accedido a volver... Pero esta vez digo que no y será que no...

Natalia se fué desconsolada. Frank habló nuevamente de suicidio. Y Ava apareció ocho días después en casa de la madre de Frank dispuesta a reconciliarse.

¿Era el fin? No, ciertamente. La dicha no duró apenas tres semanas. Una nueva y violenta pelea, un nuevo viaje de Ava a Europa y el anuncio de que, a su regreso, sería ella quien entablaría la demanda de divorcio.

\* \* \*

Realmente, aquella unión apasionada, pero fugaz, no resultó dichosa para Frank bajo ningún aspecto. Durante largo tiempo después del divorcio de Ava se le consideró hombre acabado. No era fácil que la fama volviese a ponerse de su lado. A la tercera va la vencida, dice el refrán popular. Ahora la caída era definitiva. Frank Sinatra era ya, un astro del «pasado». Incluso sus discos se vendían en una proporción infinitamente menor que en años anteriores. No, no había que pensar ya en aquella apagada luminaria.

¿Razones? Un amor desdichado no bastaría a darlas. Más bien se justifica la caída por las pésimas relaciones de Frank con la Prensa, en ocasión de sus escándalos amorosos y su deseo de suprimir indiscretas curiosidades. Muchos dijeron que, tratándose ante todo de un cantante, la razón debía ser que Sinatra había perdido la voz. Frank se oponía categóricamente a estos rumores.

—Por el contrario, mis conocimientos musicales han aumentado paralelamente al desarrollo de mi carrera y mi voz ha madurado tornándose más caliente y más suave...

Es cierto: la voz de Sinatra es mejor hoy que en sus principios. Y él mismo es más actor, mejor

actor que antes. Pues se da el caso raro de que su retorno actual es tan espectacular e inesperado como lo fué su eclipse y su fracaso, casi diríamos como su violenta aparición en el escenario de la popularidad.

Sin saber cómo, en sus rápidos viajes, Frank Sinatra vuelve a ser, no ya el hombre que fué, sino el astro más popular de este momento. En 1954, la Columbia le regala un disco de oro en homenaje por la venta de más de un millón de copias de su canción «Young at hart» («Con el corazón joven»), expresándole además su agradecimiento y admiración por «lograr canciones mejores que nunca». Y la actuación secundaria en la película «De aquí a la eternidad», le otorga nuevamente el Oscar y el aplauso calurosísimo de cuantos asistieron a la solemne entrega de la estatuilla en el Teatro Pantages, de Hollywood. La espontánea y calurosa ovación emocionó profundamente a Frankie, quien prometió esforzarse, superándose cada día para seguir mereciendo la fidelidad de su público.

¿Será el arte su amor definitivo? Desde que se divorció de Nancy Barbato, la verdad es que Frank parece un niño perdido. Un niño un poco loco que sólo en el arte se muestra digno de ser hombre. Su segundo matrimonio fue un fracaso absoluto y, sin embargo, no renuncia a su idea de que Ava fué su amor más sincero.

—Lo que ocurría —suele declarar a sus amigos más íntimos—, es que nos amábamos demasiado para poder vivir juntos y con serenidad.

Frankie vive ahora solo en un departamento

moderno. Se ocupa de decoración interior, pinta acuarelas, toca la flauta, esculpe madera... Todo esto en completa soledad... Su vida es triste, a pesar de sus nuevos éxitos... Y en tanto, Nancy y sus tres hijos, tal vez le aguardan todavía...

Así es

## FRANK SINATRA

Frank Sinatra tiene sus ideas particulares sobre el teléfono. En varias ocasiones se le ha oido decir:

—No me gusta que me llamen por teléfono. Por lo tanto hago infinitud de llamadas y sé que mientras yo estoy hablando nadie puede llamarme.

No deja de ser un recurso.

\*\*\*

Frank Sinatra se vió precisado a asistir, de muy mala gana, a cierta reunión. Allí le sirvieron una taza llena de un brebaje difícil de identificar. Frank observó el líquido, lo olió discretamente, y sonriendo con mucha amabilidad, dijo:

—¡Por favor! Si esto es café, tenga la bondad de servirme té. Y si esto es té, tenga la bondad de servirme café.



# án a la venta!

ELIZABETH TAYLOR. — La muchacha de grandes ojos y dulce mirada, mimada por la fortuna desde sus primeros pasos en el cine, ha aprendido con Mike Wilding lo que significa ser una esposa. La apasionante historia de una niña que ha crecido ante las cámaras y que cometió el error de contraer matrimonio antes de ser mujer.

**Una vida, UNA NOVELA**

MARILYN MONROE  
SU INFANCIA  
Y SU DESGRACIA  
Una foto la hace famosa  
AMOR Y PECADO  
AMOR, PERO NO AMOR

2

**Una vida, UNA NOVELA**

ELIZABETH TAYLOR

2

MARILYN MONROE. — Una fotografía aparecida en un calendario escandalizó a América. Esta fué la primera vez que la gente se ocupó de Marilyn Monroe, la estrella más discutida de estos años. Dos matrimonios y dos divorcios jalónan hasta ahora la vida de esta mujer de extraordinario atractivo.

GARY COOPER. — Giselle Pascal y Patricia Neal juegan un importante papel en la vida de Gary. No obstante es Rocky, la esposa, quien triunfa en el corazón de este hombre bueno y simpático. Una interesante biografía en la que se describe su ascenso de fracasado caricaturista a primera figura de la pantalla.

**Una vida, UNA NOVELA**

GARY COOPER  
EL HOMBRE DE LA  
COMPAÑIA UNIVERSAL  
Un solo amor en su vida: su esposa  
PERO EN DOS OCASIONES...

2

## TITULOS EN PRENSA

### VAN JOHNSON



Uno de los actores que más han tenido que luchar para conseguir un puesto en Hollywood. Cuando todo parecía haberse solucionado para él, un accidente de automóvil produjo tales cicatrices en su rostro que se temió tuviera que retirarse definitivamente de la escena. Su fuerza de voluntad se ve hoy premiada al ser considerado uno de los mejores actores de la actualidad.

### AVA GARDNER

La estrella que vivió en España una romántica historia de amor. Un actor cómico, un músico, y un célebre cantante intentaron en vano hacerla feliz. Su turbulento matrimonio con Frank Sinatra fue durante un tiempo la página más emocionante de los periódicos de Hollywood.



### ALAN LADD

En su vida ordinaria es un hombre bien distinto al que nos muestran las películas. Amante del hogar y fiel a su esposa; un actor sin vida escandalosa ni divorcios en su haber. Atraído por la escena desde la adolescencia, inició pronto una brillante carrera cinematográfica, ayudado por la que fue su agente de publicidad y es hoy su esposa.



### SUSAN HAYWARD

En la escuela de párulos conoció a un niño, que, como ella, soñaba ya con llegar a ser un gran actor. Jeff Chandler es el nombre de aquél niño. La vida de Susan se ve hoy destrozada por una tragedia matrimonial tal vez única en la historia de Hollywood. Y Jeff Chandler, el amigo de la infancia, acude a consolarla en su desgracia.

